

cansa la azulada bóveda del firmamento. De lo alto de las heladas montañas descienden torrentes y ríos cristalinos; agitanse pendientes de las enormes masas de granito, las plantas que vegetan en las hendiduras de las rocas; los gamos saltan por encima de la catarata; desde la cornisa de una roca extiende al aire su ramaje un grupo de antiguas hayas; las hiedras festonean el mármol que algún día rodó con estrépito desde la cima más elevada; allá en el fondo de los abismos levantan su gigantesca cabeza los pinos y en medio de toda esa variedad en medio de todos esos contrastes aparece en el fondo al través de los álamos del valle la cabaña del suizo agrícola y guerrero.

Cuando las costumbres de un pueblo tienen analogía con el paisaje que animan, son duplicados nuestros goces. El antiguo cultivador de la Helvecia en medio de aquellas vegetaciones alpinas, tanto más robustas, cuanto más combatidas por los vientos, se arraigó vigorosamente en sus montañas conservando su libertad con tanto más denuedo, con cuanto más ahinco se empeñaron los tiranos en hacerle doblar su altiva frente. Adorar á Dios, defender el suelo patrio, cultivar su campo, amar á la esposa y á los hijos que el cielo le diera, he aquí la profesión de fe religiosa y política del suizo. Ignorando como el escita el valor del oro (1), no consideró que hubiera cosa digna de mayor aprecio que su independencia. Si alguna vez se dejaba ver en alguna morada de los reyes, su traje era sencillo como el de los aldeanos, y sus maneras francas como las de un hombre que no conoce dueño (2). «He visto, dice Felipe de Comines un embajador de ese pueblo (Suiz) cuyo traje era el más

(1) Después de contar Felipe de Comines la batalla en que Carlos el Temerario, duque de Borgoña, fue muerto por los suizos, refiere algunas anécdotas ocurridas al apoderarse del botín para probar la ignorancia en que se hallaban los vencedores, respecto de objetos de gran valor como el haber vendido por un florin un diamante que llevaba el duque, y que era uno de los de mas quilates que en aquella época se conocían.

(2) Cométese por lo regular un error por lo tocante á los autores de la independencia de los suizos. Los tres grandes patriotas que dieron libertad á su país se llamaban Stauffacher, Melchtal y Gautier Furst. Las trágicas escenas que preludieron la insurrección de la Helvecia, están latamente descritas en la *Helvetiorum República*, que según creo es de Simler. Ofrecen dichas escenas el más alto interés. La aventura del viejo Enrique, á quien el gobernador de Landenberg mandó arrancar los ojos; la del noble Wolfenschiz con la mujer del labrador Conrado, y la sorpresa de varias fortalezas de los duques de Austria por los aldeanos tienen un colorido de romanticismo, que combinándose con las grandes escenas de los Alpes, producen un vivo interés. Por lo tocante á la anécdota de la manzana y Guillermo Tell, es bastante dudosa. Grammaticus en la historia de Suecia, cuenta exactamente el mismo suceso relativo á un aldeano y á un gobernador sueco. Yo citaría ambos pasajes sino fuera por su demasiada longitud. Puede verse el primero en Simler (*Helvet. Resp.*, libro I, p. 58); el otro existe íntegramente al fin de *Cokés Letters on Switzerland*. En la p. 62 de la colección intitulada: *Codes Juris Gentium*, publicada por Guillermo Leibnitz en 1595, se encuentra el tratado original de alianza entre los tres primeros cantones, Uri, Schwitz y Underwalden: en ellos se lee: «Primero de marzo después de San Nicolás 1515: En Nombre de Dios, Amen.... Nosotros los aldeanos de Hury, de Schwitz y de Underwalden.... nos obligamos, mediante dichos juramentos, á no tolerar ni consentir ser gobernados por señores, ni recibir como tal á ningún príncipe. Si alguno de nosotros dañase á otro por loco, es decir, aparentando serlo, y obrando en realidad temeraria y maliciosamente, jamás el tal será reputado como paisano nuestro.» La virtud de aquellos buenos habitantes está caracterizada magníficamente en este rasgo. De paso haré la singular observación de que la ortografía de los documentos del siglo á que pertenecen el anterior escrito (el XIII) es mucho más fácil de leer que la del XV. Igual observación he hecho en las antiguas baladas escocesas, que se entienden mucho más fácilmente que el inglés del mismo período. En otro lugar sacaremos consecuencias de esta observación. (N. ED.)

humilde, y sin embargo decía su parecer como cualquiera otro.»

Los escitas en el mundo antiguo, y los suizos en el moderno llaman la atención de sus contemporáneos por la celebridad de su inocencia. Sin embargo, su diverso género de vida debió producir alguna diferencia en sus virtudes. Los primeros, como pastores, amaban la libertad por ella misma, y los segundos, como agrícolas, la amaban por sus propiedades. Aquellos no habían salido aun de la pureza primitiva; estos habían ya dado un paso hácia la civilización. Los unos poseían la felicidad del salvaje; los otros la iban substituyendo poco á poco con goces convencionales. Acaso esa felicidad que solo puede hallarse en el límite donde el estado de la naturaleza concluye y la sociedad principia, sería la mejor si pudiese ser duradera. Mas allá de los límites sociales los pueblos permanecen por algún tiempo á una misma distancia de nuestras instituciones, mas apenas han salvado la línea divisoria, caminan precipitadamente hácia la corrupción sin poderse detener.

Así es como á despecho de uno mismo, hay que detenerse á contemplar el cuadro de un pueblo que se halla contento. Parece que ocupándonos de la felicidad que disfrutan los otros, nos apropiamos alguna parte de ella. Adherimons á cuanto nos rodea y menos vivimos en nuestras propias sensaciones que en las de los otros. A este motivo es preciso atribuir la pasión que los miserables demuestran á los muebles, á los árboles y á los animales. El hombre sediento de felicidad, y desgraciado las más veces lucha sin cesar contra los males que le sumergen. Así como el marino que lucha con las olas, se agarra ansiosamente al que tiene al lado para salvarse aunque sea á costa suya. Si aun este recurso le falta, se aferra al recuerdo de sus pasadas felicidades, y de ellas se sirve para ir sobrenadando en un mar de dolores.

CAPITULO XLVIII.

SEGUNDA EDAD.—LA ESCITIA Y LA SUIZA FILOSÓFICAS.

Si me hubiera detenido en este punto habria deseado dejar al lector una completa ilusión. Mas al trazar el cuadro de la felicidad humana, apenas asoma á los labios la sonrisa cuando los ojos están ya preñados de lágrimas.

No hay asilo que esté completamente al abrigo de las opiniones políticas, ni mares, desiertos, ni distancias que las detengan. Las de la Grecia republicana agitaron también los bosques de la Escitia y ahuyentaron la felicidad de sus pacíficas moradas.

La inocencia de un pueblo puede ser comparada con la sensitiva, que al solo contacto marchita todas sus hojas. La desgracia de los escitas consistió en haber producido filósofos que ignoraron esa verdad. Zalmoxis en una época desconocida introdujo entre ellos un sistema de teología, cuyos principales artículos eran los siguientes: existencia de un Ser supremo, inmortalidad del alma y predestinación de los héroes que sucumbían en el campo de batalla.

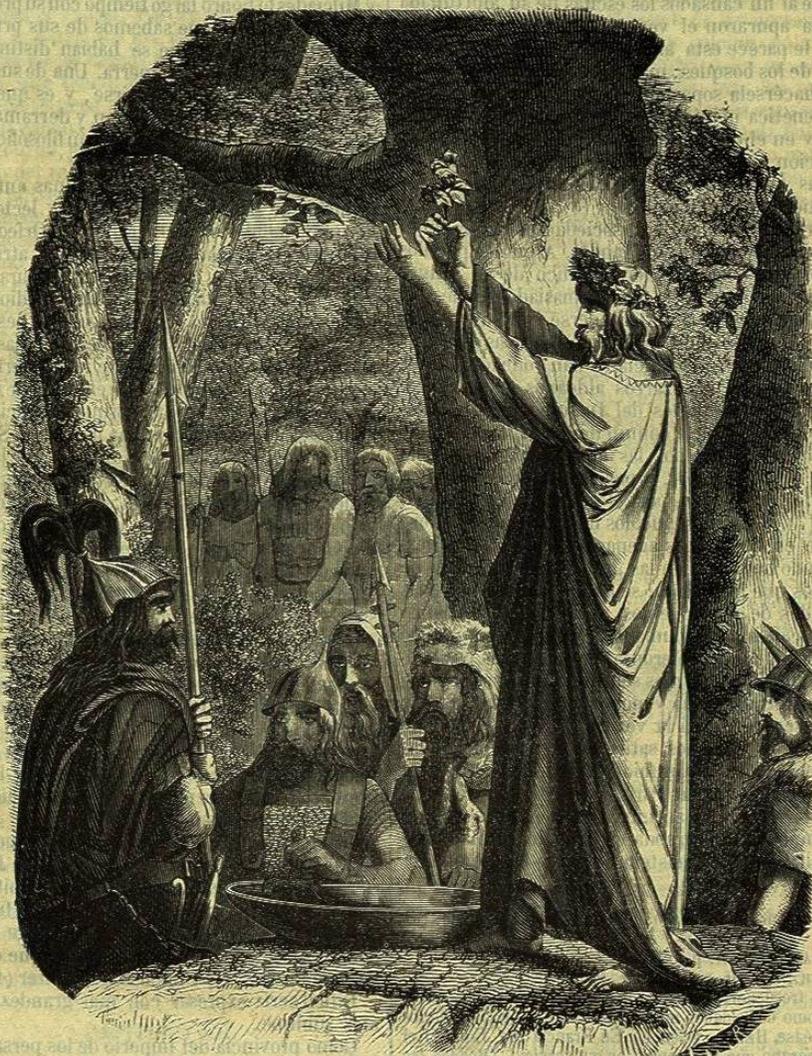
Este padre de la sabiduría de los escitas fue seguido de Abaris, como diputado de su nación en Atenas. Profesó este último la medicina, y suponía que viajaba por el aire en una flecha que Apolo le había dado. Fue célebre en los primeros siglos de la Iglesia por haber sido opuesto á Jesucristo por los platónicos.

Abaris tuvo por sucesor en reputación á Toxaris que abandonó á su mujer y á sus hijos para ir á estudiar á Atenas, donde urrió honrado por sus virtudes y probidad.

Peró el corruptor de la antigua sencillez de los escitas fue Anacarsis que llegó á creer que sus compatriotas eran bárbaros porque vivían en el estado de la naturaleza. La filosofía de Anacarsis era de aquellas

que nada ven más allá del límite de sus opiniones. Llevado de su entusiasmo á la Grecia abandonó su patria y fue á instruirse al lado de Solon en el arte de dar leyes á los que ninguna necesidad tenían de ellas. No tardó en granjearse el nombre de *sabio*, tan poco conveniente á la naturaleza humana, y se dió á conocer por sus máximas. Solía decir que la viña produce tres frutos: el primero el placer, el segundo la em-

briaguez, y el tercero el remordimiento. A un ateniense de mala reputación que le echaba en cara su origen bárbaro le contestó en cierta ocasión. Yo debo avergonzarme de mi país; pero vos avergonzáis al vuestro. El orgullo y la bajeza de esta expresión son intolerables; el que pueda cometer la bajeza de renegar de su patria no merece ser escuchado por ningún hombre de bien. Decía también aquel filósofo que las leyes



CULTO DE TEUTATES.

CAPITULO XLIX.

CONTINUACION.—TERCERA EDAD.—LA ESCITIA Y LA SUIZA CORROMPIDAS.—INFLUENCIA DE LA REVOLUCION GRIEGA EN LA PRIMERA, Y DE LA FRANCESA EN LA SEGUNDA.

Acabamos de ver que en el seno de Escitia nacieron hombres que creyéndose mejores que el resto de los ciudadanos se pusieron á moralizar á expensas de su felicidad y la de sus compatriotas. La revolución republicana de Grecia acabó de dar impulso á aquellos caracteres turbulentos, influyendo poderosamente en el destino de los pueblos normandos. Los Abaris y los

son parecidas á las telas de araña, que se rompen al impulso de las moscas grandes y solo detienen á las pequeñas. Escribió un tratado en verso del arte de la guerra, y un código de instituciones escitas. No es enteramente cierto que sean suyas las cartas que llevan su nombre.

Segun acabamos de ver la filosofía fue el primer grado de corrupción de los escitas. Cuando los suizos eran virtuosos, ignoraban también las ciencias y las artes. Así que empezaron á malearse sus costumbres aparecieron los Haller, los Tissot, los Gessner y los Lavater.

CAPITULO LI.

LA TRACIA.—FRAGMENTOS DE ORFEO.

Anacarsis, henchidos del vano saber adquirido en las escuelas de Atenas, llevaron á su país una multitud de opiniones é instituciones extranjeras con las cuales corrompieron las costumbres nacionales. Las innovaciones, aun siendo ventajosas no pueden contenerse en un límite reducido: para desnaturalizar á los salvajes, basta introducir entre ellos cualquiera innovación, un miserable torno de alfarero.

Anacarsis pagó esas innovaciones con su vida (1), mas no por eso dejó de fermentar el germen de ellas hasta que al fin cansados los escitas de su afortunada inocencia apuraron el veneno de la vida civil (2). Amarga le parece esta al hombre acostumbrado á la libertad de los bosques; mas apenas la costumbre empieza á hacerse soportable la abraza con una especie de frenética manía: infiltra el veneno hasta los huesos, y en el delirio que produce le hace ver á la imaginación turbada un extraño mundo poblado de fantasmas y borra de su vista todo espíritu de sencillez, justicia, verdad y bienestar (3).

El torrente de males de la sociedad no se precipitó sobre los escitas por un solo raudal. Aquellos pueblos guerreros y pastoriles hicieron tráfico de su sangre con las naciones vecinas (4), demasiado débiles, ó demasiado cobardes para defenderse con sus propias fuerzas. Atenas sostenía un cuerpo de tropas escita (5) así como los reyes de Francia se han rodeado durante mucho tiempo de bizarros aldeanos de la Suiza. Parece que los habitantes del Danubio y los de Helvecia tuvieron la suerte comun de distinguirse en sus tiempos de inocencia por las mismas cualidades, la lealtad y la sencillez (6), y por los mismos vicios en los días de corrupción, por el amor al vino y la sed del oro (7). Estos dos pueblos derramaron por el oro su sangre en cuestiones ajenas á su patria (8). Permaneciendo neutrales en las grandes revoluciones de los Estados que les rodean, se han enriquecido con las calamidades de otros pueblos, estableciendo un banco sobre las calamidades humanas. Sometidos en un todo á la misma fatalidad, debieron la pérdida de sus costumbres á los pueblos que mas semejanza presentan entre sí en la historia antigua y moderna, los atenienses y los franceses. Siendo á la vez objeto de aprecio y de burla, de esas naciones satíricas, el montañés de los Alpes y el pastor del Danubio aprendieron á avergonzarse de su sencillez en París y en Atenas. No tardó en estrellarse toda su antigua virtud en el escollo de las revoluciones. Solo queda en la historia una tradición de ella como los masteleros de un buque que ha naufragado (a).

(1) Su hermano lo mató con una flecha estando cazando.

(2) STRAB., lib. VII, p. 531.

(3) ESTR., lib. VII, p. 531.

(4) Con frecuencia hablan los historiadores antiguos de los escitas, como de soldados mercenarios en los ejércitos de los persas, (Véase HEROD. y JENOF.) En Francia fue Luis XI el primer soberano que los empleó en su servicio. (Véanse las MEM. de Phil de Com.)

(5) SUIDAS, Topar.

(6) DAVILA, *Histor. del Guer. civil de Franc.*, tom. III, p. 282.

(7) JUSTIN., lib. XI, cap. XI.

(8) ESTRAB., ATHEN., lib. XI, cap. VII, p. 427. Dice de la Suiza. En Atenas se decía: BEBER COMO UN ESCITA; y en París: BEBER COMO UN SUIZO.

(a) Estos tres capítulos sobre las tres edades de la Escitia y la Suiza, son, por decirlo así, hijos de la superabundancia de un espíritu que se complac en el examen de la naturaleza, pero así como las tres cuartas partes de la obra nada tienen que ver con el objeto del *Ensayo*. Yo en aquella época era como Rousseau gran partidario del estado salvaje, y nada amigo del estado social. Posteriormente me fui reconciliando con los hombres, y en la actualidad pienso, como otro filósofo del siglo XVIII, que lo *superfluo es una cosa bastante necesaria*.

En esos capítulos hay pensamientos, imágenes y hasta

CAPITULO LI.

El Danubio separa la Escitia de aquellas regiones que descienden en forma de anfiteatro hasta las riberas del Bósforo. Ese país conocido con el nombre general de *Tracia*, y conquistado por Dario, hijo de Histaspes (9), se dividía en varios pequeños reinos, bárbaros unos y civilizados otros. Muchas colonias griegas habían transportado las artes (10), á ese país, y Milciades lo honró largo tiempo con su presencia (11). Muy poco es lo que sabemos de sus primeros habitantes, no siendo que se habían distinguido por su crueldad y afición á la guerra. Una de sus costumbres nos parece digna de referirse, y es que al nacer un niño, los parientes se reunían y derramaban copioso llanto (12). Esta costumbre es tan filosófica como interesante.

A este país debió la Grecia su mas antiguo y acaso el mejor de sus poetas (13). No hay lector que ignore lo que la fábula ingeniosa refiere de Orfeo. Es de creer que toda la magia de los prodigios atribuidos á su musa consistía en una verdadera pintura de la naturaleza. Vivió ese poeta en un siglo medio salvaje (14), cuando por primera vez empezaba el desmonte de los terrenos. Estarian sin duda siempre fijas sus miradas en el grandioso espectáculo de los desiertos, en donde algunos árboles derribados al extremo de un surco mal trazado en la orilla de un bosque, anunciarian los primeros esfuerzos de la humana industria. Semejante involucionación de la naturaleza antigua y de la agricultura naciente, de un campo cubierto de espigas, entre las malezas del bosque, y de la choza cubierta de paja al lado de la cabaña, cubierta con cortezas de árbol, debió ofrecer á Orfeo, imágenes acomodadas á la ternura de su númer, y cuando el amor acabó de dar un tono melancólico á sus acentos (15), es de creer que su voz poéticamente hablando, llegó á enternecer las encinas, y á conmover al mismo tártaro.

De las muchas obras que se atribuyen á ese poeta, no son en realidad suyas (16), sino los fragmentos que voy á trascribir. Los *Argonautas* no lo son.

« Todo lo que pertenece al universo: el inmenso arco de la bóveda de los cielos, la vasta extensión de las indómitas olas, el tártaro profundo, los rios y las fuentes, y hasta los mismos inmortales dioses y diosas han sido engendrados en Júpiter

Júpiter tonante es el principio, el medio y el fin; Júpiter inmortal es varón y es hembra; Júpiter es la tierra inmensa y el cielo estrellado; Júpiter es la dimensión de todo cuerpo, la energía del fuego y la superficie del mar; Júpiter es rey y padre universal de cuanto existe. Es uno y es todo, porque ese todo está contenido en el ser inmenso de Júpiter (17)

Difícil sería expresar con mas grandeza un asunto mas sublime.

Como provincia del imperio de los persas, la Tracia no pudo librarse de las desgracias que la revolución griega causó al género humano. Puede juzgarse del daño que causarían tres millones de soldados sin dis-

expresiones que han sido reproducidas en otras obras mías. (N. ED.)

(9) HEROD., lib. IV, cap. CXLIV.

(10) *Id.*, lib. VI.

(11) *Id.*, *Ibid.*, cap. XI; LACT., lib. VIII.

(12) JULIAN., in *Cesaribus*.

(13) HEROD., lib. V.

(14) DIOD., lib. IV, cap. XIV.

(15) VERG., *Georg.*, lib. IV.

(16) Tampoco es enteramente cierto, pero muy probable que ese fragmento lo sea. Ciceron negó la existencia de Orfeo.

(17) De *Poes.*, *Orphic.*; *Apul. de Mundo*. Pueden verse algunos otros pasajes en los *Poetae Minor. Graeci*, página 459.

ciplina, al pasar por sus campos; pero afortunadamente los tracios resguardándose en la espesura de las selvas y en sus costumbres salvajes, pudieron librarse de la acción prolongada de la caída de la monarquía de Atenas (1).

CAPITULO LI.

MACEDONIA.—PRUSIA.

Cerca de la Tracia se encontraba el pequeño reino de Macedonia, cuyo destino presenta singulares semejanzas con la Prusia. Por de pronto siendo tan oscuro como la patria de los caballeros teutónicos, no era conocido de los demás Estados griegos sino por la protección que tenían á bien concederle. Pero engrandeciéndose poco á poco con las conquistas, aumentó en la misma proporción que la del electorado de Brandeburgo, y finalmente en tiempo de Filipo se hizo dueño del resto de la Grecia y en tiempo de Alejandro del universo. Nadie puede tampoco conjeturar á dónde puede llegar la Prusia, siguiendo su sistema actual de gobierno (a).

Un mismo espíritu parece haber animado á los soberanos de esos dos países: la guerra, y particularmente la política, fueron sus rasgos característicos. La historia nos pinta á los reyes de Macedonia cambiando de partido según los tiempos y circunstancias (2), adormeciendo la vigilancia de sus vecinos por medio de tratados é invadiendo sus territorios en el momento menos pensado (3). En otra parte hablaré del monarca que ocupaba el trono de Macedonia cuando ocurrió la expedición de Jerjes.

En la época cuya historia estamos trazando, eran las costumbres y religión de los macedonios parecidas á las de los demás griegos. Solo que hallándose mas próximos que estos á la barbarie, y por consiguiente no tan inmediatos á la corrupción, no habían producido aun ningun filósofo, cuyo nombre merezca mencionarse.

Nadie podrá negar que la caída de Hippias en Atenas acarreo serios resultados respecto de Macedonia. Aprovechándose el político Alejandro de las calamidades de su época, supo manejarse diestramente entre los persas y los griegos, y en tanto que estos se desgarraban mutuamente, él recibía el oro de Jerjes (4) y protestaba amistad á sus enemigos. De este modo supo Filipo conservar tranquilo á su país y enriquecerse con los despojos de todos los partidos, estableciendo mientras que estos se extenuaban en guerras tan funestas las bases de la futura grandeza de Alejandro. ¡Inexplicable coincidencia! Jerjes huye en Salamina derrotado por el espíritu de la libertad, y entre tanto su oro, quedando acumulado en un pequeño Estado de la Grecia, sirve para destruir esa misma libertad y arruinar el imperio de Ciro!

CAPITULO LII.

ISLAS DE LA GRECIA.—JONIA.

Entre las costas de Europa y Asia se encuentran

(1) Es célebre un rey de Tracia por haber seguido el partido de los griegos, y haber mandado sacar los ojos á sus hijos que siguieron las banderas de Jerjes.

(a) Muchos destinos ha trastornado el soldado heredero de la revolución. (N. ED.)

(2) HEROD., lib. V, cap. XVII, XXI. Amyntas, que tuvo la bajeza de entregar sus mujeres á los diputados de Dario, permitió á su hijo Alejandro degollar á esos mismos diputados, y ese mismo Alejandro tuvo la destreza de conservar á pesar de ese ultraje el favor de Jerjes, sucesor de Dario. (HERODOT., lib. V, cap. XVII, XXI.)

(3) DIOD., lib. XVI.

(4) DIOD., lib. XVI; JUST., lib. VII; POLLEN., *Stratag.*, libro IV, cap. XVI.

una multitud de islas que en el tiempo á que nos referimos estaban habitadas por diferentes pueblos de la Grecia. No me propongo describirlas, puesto que componen parte del mismo imperio de los griegos, y quedan por lo consiguiente comprendidas en lo que he dicho acerca de la revolución general de estos últimos.

Es, sin embargo, preciso hacer algunas observaciones por lo tocante á las diferencias morales y políticas que podían existir entre esos isleños y sus compatriotas en los dos continentes de Europa y Asia en el momento de la invasión de los persas.

La mas considerable y célebre de esas islas era Creta. Sabido es que Licurgo calcó en ella sus instituciones sobre las de Minos; mas las leyes de este monarca habían ya por diversas causas perdido su vigor (5). Una democracia turbulenta había usurpado el puesto de un gobierno monárquico mixto (6), y los cretenses estaban reputados en tiempo de la expedición de Jerjes por el pueblo mas falso é injusto de la Grecia. Negáronse á socorrer á los atenienses contra los medos (7).

Las demás islas sometidas simultáneamente á pequeños tiranos, ó sumergidas en la democracia, andaban oscilando en un estado perpetuo de trastornos. Rodas se distinguía por su comercio (8), Lesbos por su corrupción (9), y Samos por sus riquezas. Algunas de estas se incorporaron espontáneamente á los persas; otras fueron subyugadas, y el menor número de ellas siguió denodadamente el partido de la libertad (10). Pueden, por decirlo de una vez, ser considerados esos isleños de la Grecia como el término medio entre la virtud de Esparta y Atenas y los vicios de las ciudades jónicas, ó como el punto de transición de las buenas costumbres de los lacedemonios á la corrupción de los griegos asiáticos. Ya veremos por lo tocante á estos últimos, como se convirtieron en causas de la guerra médica. No considerándolos aquí mas que bajo el aspecto moral, puede decirse que no existía virtud entre los pueblos de la Jonia. Al considerarlos tan voluptuosos, ricos y enervados por las delicias del clima, hubiera podido creerse que eran lo mismo que aquellos viles esclavos que Jerjes traía en su comitiva.

CAPITULO LIII.

TIRO.—HOLANDA.

De manera que despues de haber dado la vuelta á Europa entramos finalmente en Asia. Antes de describir las grandes escenas que va á presentarnos la Persia, tenemos que decir algo acerca de una potencia marítima que á pesar de haber estado sometida al imperio de Ciro, representó en la antigüedad un papel demasiado interesante para que nos podamos excusar de consagrarle un artículo.

Al salir de las ciudades de la Jonia y avanzando á lo largo de las costas del Asia Menor hácia el Norte, se encuentra Tiro, ciudad famosa en todo el Oriente por su comercio y sus riquezas.

Dícese que Hipsuriano allá en los siglos mas remotos fue el que puso los cimientos de esta capital de la Fenicia (11). Determinóse este país á seguir el comercio por la misma circunstancia que ha impellido

(5) ARIST., *de Rep.*, lib. II, cap. X.

(6) *Id.*, *Ibid.*

(7) HEROD., lib. VII, cap. CLXIX.

(8) STRAB., lib. XIV, p. 634.

(9) ATHEN., lib. X.

(10) PLAT., in *Pericl.*

(11) SANCONIATON apud EUSEB., *Præpar. Evangel.* Dando mas crédito á un historiador fenicio en lo relativo á su país que á las de otras naciones, no sigo la opinion general según la cual Tiro provino de una colonia de Sidon.

generalmente á los demás pueblos mercantiles, á saber, la esterilidad del suyo (1).

No tardó aquella ciudad formada en su principio como las primeras poblaciones de Holanda de cabañas de pescadores cubiertas de cañas, en convertirse en una soberbia metrópoli. Sus naves iban á buscar los productos en bruto de las tierras mas fértiles, y los habitantes de Tiro los convertían con su industria en objetos aplicables á la voluptuosidad y necesidades de la vida. La Batavia de los fenicios era la Bética que les suministraba el oro de su suelo (2). Por medio del Egipto recibían el lino, el trigo y las riquezas de la India y Arabia (3), y de las costas occidentales de Europa sacaban estaño, hierro y plomo. En los mercados de Atenas se proveían de aceite, madera de construcción y libros, y en Corinto compraban objetos de bronce y vasos. Las islas del mar Egeo les daban vinos y frutas; la Sicilia queso; la Frigia tapicerías; el Ponto Euxino esclavos, miel, cera y cueros; finalmente la Macedonia y la Tracia leña y pescados salados. Impulsados de su espíritu mercantil llevaban los tirios esos productos á los diversos pueblos, y la ciudad de Tiro, como la moderna Amsterdam, llegó á convertirse en un depósito central de los productos de todas las naciones.

La constitución política de los fenicios parece haber sido monárquica; pero es probable que en el gobierno dominó la oligarquía (4). Da lugar á esta conjetura la riqueza de los tirios comparados por las escrituras (5) con los príncipes de la tierra.

No prosperan por lo regular las bellas letras en los países dedicados exclusivamente al comercio: parece que el espíritu mercantil limita el vuelo de la inteligencia, y el hombre, dedicado á llevar con exactitud libros de caja, rara vez se ocupa en meditar las producciones de los filósofos. Sin embargo, en la historia de la Fenicia figuran algunos nombres célebres, y en primer lugar los de Moscus y Sanconiaton. El primero es autor del sistema de los átomos, que por de pronto fue adoptado por Pitágoras, y en seguida por Epicuro que le dió publicidad. El segundo escribió la historia de Fenicia, de la cual he citado ya varios pasajes, y ahora voy á trasladar algunos fragmentos.

»Y entonces Hipsuriano habitó en Tiro, é inventó el modo de construir chozas de cañas. Suscitóse grande enemistad entre él y su hermano Usous, que fue el primero que cubrió su desnudez con pieles de fiera. Y habiendo una violenta tempestad de viento y de lluvia hecho frotar las ramas de los árboles, unas con otras se inflamaron y produjeron el incendio del bosque de Tiro. Usous fue el primero que habiendo ahuecado el tronco de un árbol, tuvo el valor de confiarse á las olas.

Enseñaron á labrar los campos, por cuya razón se tributaba singular honor á su memoria, haciendo que la estatua de Usous conducida por una ó varias parejas de bueyes se paseara por toda la Fenicia, y en los libros se le daba el dictado de el mayor de los dioses.»

Ademas del curioso origen que ese pasaje atribuye á la navegación y á la agricultura, agrada por la sen-

(1) Exceptuando Cartago entre los antiguos, y Florencia entre los modernos.

(2) DiOD., lib. v. p. 312.

(3) Los tirios hacían por sí mismos el comercio de la India, para lo cual se habían apoderado de varios puertos en el golfo Arábigo, desde donde las mercancías iban por tierra á Rhinocoluro, puerto del Mediterráneo, y allí volvían á ser flotas en buques fenicios (ROBERTSON'S *Disquisition on the Anc. Ind.*, sec. 1, p. 9.)

(4) Las escrituras hablan de reyes de Tiro y de Sidon; pero es tan variable el significado de ese nombre entre los pueblos antiguos, que no se puede inferir por él la forma de Gobierno.

(5) ISAIAS, XXXIII, 8.

cillez de la narración tan en armonía con las antiguas costumbres á que se refiere. La Holanda se jacta también de haber sido patria de Erasmo, de Grocio y de una multitud de sabios célebres por sus penosas investigaciones.

CAPITULO LIV.

CONTINUACION.

La Fenicia sufrió grandes revoluciones, y así como Holanda tuvo que sostener guerras memorables; los diversos sitios que su capital tuvo que sufrir, hacen pensar en los de Harlem y Amberes (a). En tiempo de Felipe II. A mediados del siglo VI antes de nuestra era fue aquella capital arrasada por un rey asirio despues de trece años de resistencia. Los ciudadanos que pudieron librarse de aquella catástrofe, edificaron una segunda Tiro no lejos del sitio donde la primera había florecido. La nueva ciudad pasó sucesivamente del yugo de los medos al de los persas, y no adquirió fuerza ni celebridad hasta que Darío le volvió á conceder sus antiguos privilegios. Durante este período de calamidades fue cuando Cartago se fue engrandeciendo sobre las ruinas de aquella.

En la época de la guerra médica la Fenicia tuvo que entrar en la confederación general contra la Grecia. Teniendo que doblegar su propia opinión á la de sus tiranos, no tuvo mas arbitrio que poner sus brazos al servicio del gran rey (6), siendo probable que hubiera obrado en sentido contrario si hubiese creído que las repúblicas griegas habían de salir vencedoras en el combate. El comercio fenicio cerró prontamente las heridas que su patria recibió en el desastre de Salamina (7), y por de pronto la inmensa influencia de la revolución griega se limitó por lo tocante á los tirios á solo esa desgracia pasajera, si bien luego adquirió mayores proporciones y sucumbió como todo el resto de Oriente bajo el poder de Alejandro. Siguió hasta ese momento en todo su vigor el espíritu mercantil, sin cuidarse los que lo ejercían, de los vanos sistemas que atormentaban á los diversos pueblos. Los artefactos absorbían toda la inteligencia de los fenicios, y también se les vió como á los modernos bártavos llevar de uno á otro país los libros de los mas insignes ingenios de aquella época, sin haber tenido la curiosidad de leer ni un solo renglon de sus escritos. Tampoco será extraño que los habitantes de Tiro hubiesen traficado con sus opiniones políticas, pues en épocas de trastornos solo las opiniones son las mercancías que estan de baja (b).

CAPITULO LV.

PERSIA.

Al fin vamos á desarrollar un vasto cuadro. Después de haber considerado en detalle los Estados por lo tocante al establecimiento de las repúblicas en Grecia, y recíprocamente en el establecimiento por lo relativo á los mismos Estados, vamos ahora á ver todos esos diversos pueblos moviéndose en masa bajo la influencia general de esa misma revolución y no formando mas que un solo cuerpo. Vamos á ver cómo se levantan de consuno á fin de destruir unos principios

(a) ¡Tiro y Harlem! El lector habrá tal vez notado que al paso que doy tanta autoridad á Sanconiaton, apenas me digno citar la Sagrada Escritura. ¡Es mucho espíritu filosófico! y sin embargo puede soportarse la lectura de esos capítulos por algunas observaciones que se encuentran en ellos. (N. ED.)

(6) Los fenicios y los egipcios fueron los que construyeron el puente de barcas por donde Jerjes pasó su ejército.

(7) Las galeras fenicias formaban el ala izquierda de la escuadra persa en la batalla de Salamina, estaban mandadas por un hermano de Jerjes y combatieron con mucho valor.

(b) Si no hubiese hecho esta observación hace treinta años, ¿no podría creerse que era una alusión á las circunstancias actuales? (N. ED.)

y un gobierno que ellos mismos á su despecho acabarían de consolidar, estrellándose sus esfuerzos por lentos, mal dirigidos y parciales contra una sociedad poco numerosa, pero unida; pobre, pero libre.

Paso en silencio los etíopes, los judíos, caldeos é indios, á pesar de hallarse ya bastante adelantados en las ciencias, cuando ocurrió la revolución griega. La suma de la filosofía y luces de esos pueblos se hallaba generalmente reducida á creer en un Ser Supremo, al conocimiento de los astros, y á poseer algunos secretos de la naturaleza. Como el resto de las naciones del Oriente, esos pueblos á que nos referimos, estaban gobernados por reyes y sectas de sacerdotes que así como sus hermanos de Egipto se envolvían entre misterios a fin de dominar al pueblo por medio de la ignorancia y tenerlo sujeto al yugo de la tiranía civil y religiosa. En Etiopia los miembros de esa casta sagrada se llamaban *Gymnosofistas*; en Judea *Levitas*; en la Caldea *Sacerdotes*; en la Arabia *Zabianos* y en la India *Brahmas*. Cada país se envanecía con sus grandes hombres: los etíopes con Atlas; los árabes con *Lokman*; los judíos con *Moisés*; los caldeos con *Zoroastro* y la India con *Budda* (1) (a).

Algunos de estos escribieron acerca de la naturaleza, otros de historia, y los mas trataron de moral. De todas sus obras solo las fábulas de Lokman y la historia de Moisés han llegado hasta nuestros días. Los libros que se atribuyen á Zoroastro (2) no son originales.

Habiendo la mayor parte de esos diversos países estado sometida á la corte de Suza, ó no habiendo llegado á ser conocidos de los griegos, sería inútil que nos detuviéramos en ellos. Volvamos, pues, la atención hácia los vastos Estados de Ciro.

El imperio de los persas y de los medos, al ocurrir la catástrofe de Hipias, se extendía desde el rio Indo al Este hasta el Mediterráneo al Occidente, y desde las fronteras de la Etiopia y Cartago al Mediodía hasta las de Escitia al Norte, comprendiendo un espacio de mas de cuarenta grados en latitud y mas de diez y seis en longitud (3).

Habiendo ido formándose sucesivamente con los restos de otros muchos reinos, hacia aun pocos años que aquel enorme coloso pesaba sobre la tierra. El imperio de los asirios, que por de pronto componía su parte mas crecida, fue conquistado por los medos seis siglos antes de nuestra era. Habiendo el famoso Ciro reunido en sus sienes las coronas de Persia y Media, derribó el trono de Lidia que floreció bajo Cresos en el Asia Menor en tiempo del reinado de Pisistrato en Atenas. Cambyses, sucesor de Ciro, añadió el Egipto á sus antiguas posesiones, y Darío, hijo de Histaspes, en cuyo tiempo tuvo principio la famosa guerra de los persas y los griegos, aumentó sus inmensos dominios con algunas regiones de la Tracia y de las Indias (4).

CAPITULO LVI.

ESTADO DE LA PERSIA AL ABOLIRSE LA MONARQUIA EN GRECIA.—SU GOBIERNO.—HACIENDA.—EJÉRCITO.—RELIGION.

Todo el derecho político de Persia estribaba en

(1) Muy incierto es cuanto se sabe respecto de Budda. Los partidarios del paganismo lo oponían á Jesucristo diciendo que también había sido engendrado de una Virgen. (Véase SAN GERÓNIMO *contra Jov.*)

(a) Héme aquí mezclando muy filosóficamente á los judíos con los demás pueblos, á los levitas con los brahmas, y á Moisés con Budda! (N. ED.)

(2) Zoroastro el antiguo ó el Caldeo. Hablaré de los libros del segundo Zoroastro.

(3) Ochocientas leguas en latitud y trescientas en longitud, apreciando los grados de longitud en cerca de diez y ocho leguas, unos en otros bajo aquellos paralelos.

(4) HEROD., lib. I, cap. xcv.

esta máxima que condujo al cadalso á Carlos I, *Principem dat Deus*. (b)

Sin embargo no era tan absoluta la autoridad del gran rey como la que los sultanes de Constantinopla gozan en nuestros días: tenía aquel que compartirla con un consejo, que por lo tanto absorbía parte de su poder.

En el órden civil las leyes eran puras y la justicia se administraba escrupulosamente por parte de unos jueces sacados de la clase de los ancianos. En casos graves se elevaba la causa ante el mismo monarca. (5)

La tramitación de las causas criminales era pública. Careabase al acusador con el acusado y á este se le concedían todos los medios de defensa que en su concepto podían servir á poner de manifiesto su inocencia, ó á excusar su crimen. Esta admirable costumbre, que hallamos reproducida en Inglaterra era reemplazada en Francia por la execrable ley de los interrogatorios secretos. (c)

Al derrocar la monarquía en Grecia, la sociedad había tal vez hecho mas adelantos en Persia hácia el progreso que en ninguna otra parte del globo. Un sistema regular de administración hacia mover armoniosamente todos los resortes del Imperio. Las provincias eran gobernadas por medio de sátrapas ó de gobernadores delegados de la corona. El ejército y la hacienda estaban sometidos á un régimen fijo y un sistema postal, establecido por Ciro y bastante parecido al de nuestros tiempos, ponía en contacto los miembros distantes de tan vasto cuerpo. Este ingenioso recurso ocupa despues del descubrimiento de la imprenta el segundo lugar entre las invenciones que mas han contribuido á cambiar el aspecto de la sociedad humana, y debe enumerarse entre las causas que con mas eficacia contribuyeron al influjo que la revolución griega ejerció sobre la Persia. Bastaría el uso de los correos que nosotros empleamos en las simples relaciones de la vida para dar actualmente al traste con todos los tronos de Oriente (d). Entre los medos no se empleaban los correos mas que para los asuntos de Estado.

La religion de los persas era diferente de la que dominaba en todo lo restante de la tierra. Adoraban al astro cuya llama vivificadora parece á primera vista ser alma del universo y el culto que le tributaban no tenía la solemnidad del paganismo griego, ni siquiera habían pensando en edificar templos, ni monumentos sagrados (6). El único templo era el desierto, su altar la cima de un monte, y la pompa de sus sacrificios el astro del día suspendido en la inmensa bóveda de los cielos, derramando su dorada luz tras de la noche lóbrega sobre los rios, los bosques, los campos y los prados.

CAPITULO LVII.

CUADRO DE LA ALEMANIA EN EL MOMENTO DE LA REVOLUCION FRANCESA.

Al caer la monarquía francesa, presentaba la Alemania, así como la antigua Persia un cuerpo com-

(b) Ocioso es entrar en controversia por lo tocante al derecho divino respecto de los reyes, ni á la tolerancia nacional por lo que hace á los pueblos. Gozemos de la armonía del poder y la libertad sin meternos á escudriñar su origen misterioso al par que sagrado.

(5) HEROD., lib. I, cap. CXXXVII; lib. VII, cap. DCXCIV.

(c) No se desmiente un momento el horror que siempre me han inspirado la arbitrariedad y la opresión. Bien se echa de ver que siendo un pobre emigrado lo manifesté sin reposo, y no esperé la aparición de los corrompidos sistemas de gobierno puestos en juego en tiempo de la Restauración. (N. ED.)

(d) La idea es atrevida, pero no deja de ser cierta en algun modo.

(6) Esto se entiende por lo tocante á los primeros tiempos; pues posteriormente edificaron templos.

puesto de diversas partes reunidas bajo un jefe común. Si bien Leopoldo no tuvo de derecho el mismo poder sobre los círculos que Darío sobre sus provincias, no puede negársele que lo tuvo de hecho. Prevaleció el mismo abuso respecto de la dignidad suprema pudiendo el imperio germánico aunque electivo ser considerado tal vez como hereditario. (a)

El sistema militar de José II ha gozado entre nosotros igual reputación que el de Ciro entre los antiguos. Hicieron ambos monarcas consistir la principal fuerza de sus armas en la caballería; solo se diferenciaron en que Ciro creyó, que la seguridad de sus Estados dependía de las plazas fuertes, y el otro creyó deber destruirlas.

Las opiniones religiosas del moderno imperio de Occidente estaban divididas en católicos, y en diversas sectas de protestantes, así como los adoradores de Mithra, Jehovah, Júpiter, Brahma y Apis componían la sociedad religiosa en el Oriente.

El sistema feudal abrumaba al labrador alemán poco mas ó menos del mismo modo que la esclavitud á los vasallos del gran rey. Sin embargo, entre esos hombres desgraciados resalta una notable diferencia, que consiste en las costumbres de ambos pueblos, siendo las del primero justas y puras por la poderosa razón de su indigencia, sin que por eso deba inferirse que en Alemania se carecía de instrucción. Encuétrase por el contrario en mi concepto mas instrucción y buen sentido en el pueblo alemán que en ninguna otra nación de Europa sin exceptuar la Inglaterra, cuyo pueblo está lleno de preocupaciones. Una de las principales causas que sirve para sostener la moral entre los alemanes proviene de la virtud de su clero. (b) En otra parte me ocuparé de este asunto.

CAPITULO LVIII.

CONTINUACIÓN.—LAS ARTES EN PERSIA Y EN ALEMANIA.—POESIA.—KREESHNA.—KLOPSTOCK.—FRAGMENTO DEL POEMA MAHABARAT SACADO DEL SANSKRITO.—FRAGMENTO DEL POEMA DEL MESIAS.—SACONTALA.—EVANDRO.

Los jardines aéreos de Babilonia, y los vastos palacios de los reyes, decorados de pinturas y estatuas dan testimonio del reinado de las bellas artes en el imperio de Ciro. Sus inmensos Estados compuestos de mil pueblos distintos debían dar inagotables asuntos á la poesía, diferentes en su colorido, según las costumbres y la naturaleza que en ellos se reflejaban. Afeminada en la Jonia, arrogante entre la púrpura de los medos, sencilla y agreste en las montañas de Persia, y voluptuosa en la India cantaba como el árabe al patriarca sentado bajo la palmera del desierto en medio de sus rebaños y su familia. (1) (c)

Voy á dar á conocer algunos preciosos fragmentos de la literatura oriental, sacados del sanscrito de cuyo lenguaje he tenido ya ocasion de hablar varias veces. (2) Autorízame á hacerlo así la circunstancia de

(a) Es tanto lo que en la actualidad me chocan esas comparaciones, que á pesar de estar continuamente prometiendo no volverme á ocupar de ellas, no está en mi mano el pasarlas en silencio. ¿Qué paralelo es ese que voy á establecer entre Alemania y la antigua Persia? Es temeridad que en sí misma lleva su merecido castigo. (N. ED.)

(b) Al fin tengo que dar alabanzas á un clero, no obstante el tono filosófico de esta obra! Veíame irresistiblemente impelido hácia la imparcialidad. (N. ED.)

(1) Job.

(c) El Ensayo histórico y los Natchez son la mina de donde he sacado la mayor parte de los materiales empleados en sus demás escritos; pero los Natchez por lo menos están enteramente desprendidos de su primitivo origen. (N. ED.)

(2) Creo que una nota sobre el sanscrito no disgustará á

extenderse el imperio persa sobre una parte considerable de las Indias.

El primer fragmento está sacado del Mahabarat, poema épico de cerca 400,000 versos, compuestos por el brahma Kreesna Diopyayen Veias, 3000 años antes de nuestra era. El episodio llamado *Baghvat Geeta* era lo único de este poema que el traductor inglés, M. Wilkins habia publicado en 1785.

El asunto de este antiguo monumento de la poesía india es una guerra civil entre dos ramas de la casa real de Bhaurat.

Estando ambos ejércitos á punto de venir á las manos, el dios Kreesna que acompañaba á Arjoon, como Minerva á Telémaco, invita á su discípulo á que lance su carro entre los combatientes. Arjoon, tiende en derredor la vista y no viendo ni en una ni otra parte sino padres, hijos, hermanos y amigos dispuestos á degollarse mutuamente, exclama lleno de piedad y dolor.

O Kreesna! al ver á mis amigos tan impacientes por oír la señal del combate, me abandonan las fuer-

muchos de mis lectores (*). El sanscrito, ó mejor dicho, el sanscrito es como todo el mundo sabe, la lengua sagrada en que están escritos los libros de los Brahmas, únicos poseedores de su clave. Este idioma que en concepto de Mr. Halhed, primer inglés que ha llegado á comprenderlo, era en otros tiempos tan universal en las regiones de Oriente, que dominaba desde el golfo Pérsico hasta las mares de la China.

Las pruebas en que apoya esa opinion, están fundadas en inscripciones halladas en distintos puntos del pais (**); y en la semejanza entre los nombres colectivos y numerales de aquellas regiones, y los mismos del sanscrito. Esa semejanza se extiende hasta los idiomas griego y latino. (***) No se hablaba el sanscrito sino en las altas clases de la sociedad, y el pueblo usaba otros dos idiomas vulgares.

Dividíase la cronología de los indios en cuatro edades, á saber:

1.ª La *Sutea Yoga*, ó la era de la pureza: su duración fue de tres millones doscientos mil años. Los hombres vivían cien mil años.

2.ª La *Tirtah Yoga*, (corrupción de la tercera parte del mundo). Su período fue de dos millones cuatrocientos mil años. El plazo de la vida del hombre era diez mil años.

3.ª La *Davapar Yoga*, (corrupción de la mitad de la raza humana), duró un millón y mil y seiscientos años. En esta era el hombre ya no vivía mas que mil años.

4.ª La *Cola Yoga* (corrupción completa), es la edad actual que durará cuatrocientos mil años, y de los cuales no han pasado aun mas que cinco mil. Es increíble que todas estas traducciones que tan extravagantes deben parecer á todo el mundo, estén sin embargo conformes con los mas exactos cálculos de astronomía. Mi autoridad en todo lo que acabo de decir se apoya en *Robertson's Historical Disquisitions*.

(*) Pudo esta nota tener alguna oportunidad en su tiempo, mas en la actualidad que ya es completamente conocido aquel lenguaje carece de interés. ¿Qué triunfante citaba yo las cuatro *yogas* ó épocas que suponía comprender, tantos millones de años y destruir la cronología de Moisés. En la actualidad ya se sabe que todos aquellos supuestos millones de años entran en el estrecho círculo de las tradiciones de la Biblia.

(**) No es esta una razón concluyente, pues pudo muy bien haber sido grabado el alfabeto sanscrito en las monedas persas, indias, etc., sin que en esas regiones se hablara dicho idioma. Sabido es que en la actualidad los chinos y los tártaros se entienden por medio de signos escritos, aunque sus respectivos idiomas son enteramente diversos. Las letras chinas son una especie de caracteres generales, y signos de determinadas ideas.

(***) Los dramas escritos en estos tres dialectos, no dejan la menor duda sobre este particular. Las diversas obras traducidas del sanscrito al inglés son el *Mahavarat* y *Sacotala* de la cual ya he citado algunos pasajes; *Hecto-Pades*, ó la obra original de donde están tomadas las fábulas de Esopo y de Pilpay; los *Cinco Diamantes*, ó estancias de los cinco poetas: una oda traducida de Wulli, y una parte del *Shaster*. Además de esas obras de imaginación se han encontrado escritos en aquel idioma sagrado tratados pertenecientes á distintas ciencias, y entre otros el famoso *Surya-Siddhanta*. Redúcese ese tratado á una colección de tablas astronómicas de la mas remota antigüedad, y calculadas con arreglo á teoremas de trigonometría completamente exactos.

zas, mi rostro empalidece, se me eriza el cabello, y todo mi cuerpo tiembla de horror. Grandew, mi propio arco, se me cae de las manos, y mi piel pegándose á los huesos, se deseca. ¿Me atreveré á pedir felicidad para mí despues de haber dado muerte á todos esos queridos parientes contra quienes tengo que combatir? O Kreesna, no ambiciono la victoria. ¿Que necesidad tengo de aumentar mi poder, ni el número de mis placeres? ¿Qué me importan los imperios, los placeres, ni mi propia existencia, sino existen los únicos que daban algun valor á esos imperios, á esos placeres y á esa vida? Padres, abuelos, hijos, nietos, tíos, sobrinos, primos, parientes y amigos, vosotros deseais mi muerte, y sin embargo yo no deseo la vuestra; ¡no! aun cuando por ella pudiera adquirir el imperio de las tres cuartas partes del universo, cuanto menos por un pequeño rincón de la tierra. (1)

La patética sencillez de este fragmento tiene una verdadera hermosura, y lo que mas admira es no encontrarlo recargado de aquel lujo de colorido, y de aquellos rasgos de desarreglada imaginación que constituyen el carácter dominante de la poesía oriental. Todo está escrito según en el tono de Homero; pero despues de este apóstrofe de Arjoon, Kreesna, con objeto de probarle que debe combatir, le contesta haciéndole presente sus deberes de príncipe, y entra en una difusa controversia teológica y moral con su discípulo, en la que á cada paso se revelaba el mal gusto y su ambición. Elegiremos para comparación del épico indio que acabamos de citar, un fragmento del épico alemán. La musa germánica, nutrida con la meditación de las sagradas Escrituras, presenta algunas veces toda la magestad y toda la sencilla magnificencia hebrea: de manera que en las frias regiones del imperio germánico suele encontrarse el ardiente entusiasmo de los poetas de Israel.

Klopstock en su inmortal poema pinta, la conjuración del infierno contra el Mesias. El sacrificio está á punto de consumarse; los fariseos triunfan, y el hijo del Hombre está sentenciado á muerte. Acompañado de su madre y discípulos, escoltado por soldados romanos y seguido de todo el pueblo de la Judea, avanza ya con la cruz al hombro hácia el lugar del suplicio: ya está en el Gólgota. Entonces Eloa, por mandado del Eterno, coloca los ángeles de la tierra en derredor de la sagrada montaña. Unos de estos se estacionan sobre las nubes, los otros vagan cruzando por el etéreo espacio.

Gabriel convoca las almas de los patriarcas, y los reúne sobre el monte de los Olivos, á fin de que presencien el gran sacrificio. Uriel comparece al mismo tiempo acompañado de todas las almas de las generaciones futuras. El globo inmenso en que habitan ha recibido orden de volar hácia el sol é interceptar su luz. Satanás y todo el infierno, oculto en el mar Muerto y entre las ruinas de Gomorra, contemplan la Redención. Los innumerables espíritus celestes que pueblan los astros y los soles, y los que rodean á Jehovah, están con la vista fija en el Salvador, y el Santo de los Santos, retirado en su incomprendible profundidad, cuenta las horas del gran misterio. Entonces... los verdugos se aproximaron á Jesús.

En aquel momento todos los mundos, con un rumor que resonaba á lo lejos, llegaron al punto de su curso desde donde debían anunciar la reconciliación. Detuviéronse: el movimiento de los polos se insensiblemente disminuyéndose hasta parar del todo. En todo el ámbito de la creación reinó el mas sepulcral silencio. El curso suspendido de todos los globos, anunciaba en el cielo las horas del sacrificio..... Los ángeles llenos de asombro, tenían puesta toda su atención en lo que iba á suceder. Jehovah lanzó una mirada sobre este mundo, y al ver que estaba á pun-

to de desquiciarse, lo sostuvo en su centro. Jehovah, el Dios Jehovah tenía sus miradas fijas en Jesucristo... y los verdugos le crucificaron.... A ese tremendo espectáculo los ángeles y los patriarcas enmudecieron de terror. La tenebrosa calma en que toda la naturaleza quedó sumergida, era la mas fiel imagen de la muerte. Hubiera podido decirse que súbitamente habían dejado de existir todos los vivientes, y que la vida se habia completamente apagado en todos los mundos.....

No tardaron las tinieblas en tomar posesión de la tierra sumergida en aquel pavoroso silencio, y en aumentar con su lobreguez la universal angustia. Las aves volaron silenciosas á esconderse en lo mas impenetrable de los bosques; las fieras buscaron asilo en las cavernas y en las hendiduras de las rocas; dominó sobre toda la naturaleza la calma mas aterradora. Los hombres, respirando trabajosamente un aire que iba perdiendo su elasticidad, levantaban sus ojos al cielo para encontrar un rayo de luz. La oscuridad se hacia cada vez mas densa, y llegó á toda su lobreguez cuando el disco del sol quedó enteramente interceptado por el astro ocupado por las almas de las generaciones futuras; entonces todos los límites del universo quedaron sepultados en los horrores de una espantosa noche.....

Brillaron por un momento los colores de la vida en la frente del Mesias; pero extinguiéronse rápidamente, y no volvieron á aparecer. Sus lívidas mejillas acabaron de marchitarse, y su cabeza, sucumbiendo bajo el peso de los pecados del mundo, se dobló sobre el pecho. Hizo esfuerzos para levantarla hácia el cielo; pero volvió á caer sobre el pecho. Dilatáronse con movimiento pausado y horroroso las nubes sobre el Gólgota, quedando suspendidas como la fúnebre bóveda que cubre los sitios en que la podredumbre devora los cadáveres. Sobre la cruz se fijó una nube que aventajaba á todas las demás en lobreguez, y parecia que de su seno se destilaba la horrenda calma de la muerte. Hasta los espíritus inmortales se llenaron de pavor. Un ruido súbito resonó en las entrañas de la tierra: temblaron los esqueletos que dormían en ellas, y el templo se estreñeció desde la base hasta la cúspide.

Volvió sin embargo á restablecerse el silencio sobre la tierra, y muertos y vivos, y los que han de venir á la vida fijaron sus estupefactos ojos en el Redentor. Presa de todos los dolores, Eva contemplaba á su hijo que insensiblemente iba sucumbiendo por una muerte lenta y angustiosa. No podían los ojos de Eva separarse de tan triste espectáculo, sino para fijarse en otra mortal que abrumada al pié de la cruz, con la cabeza caída sobre el pecho, con su rostro pálido y con su inmovilidad y silencio, imitaba ó sobrepunja el silencio de la muerte. Sus ojos no tenían ya lágrimas.... «¡Ah! dijo entre sí la madre del linaje humano, esa debe ser la madre del mas perfecto de los hombres; harto claramente me lo revela la inmensidad de su dolor. Si, esa no puede menos de ser la augusta María, que en este instante está sufriendo lo que yo sufrí cuando al pié del ara vi á mi hijo Abel anegado en torrentes de su propia sangre. Si! esa es la madre del Salvador, que está espirando.»

Distrajóla de estos pensamientos la llegada de dos ángeles de la muerte, que venían con vuelo grave y magestuoso de hácia las regiones de Oriente. Sus vestidos eran mas sombríos que la noche, sus ojos brillaban mas que la llama, y en todos sus ademanes se revelaba la terrible misión de destruir. Lenta y silenciosamente avanzaron hácia la colina de la cruz, á donde el Juez supremo les habia mandado ir. Las almas de los patriarcas, se postraron aterradas, en el polvo de la tierra, sintiendo las impresiones de la muerte y los horrores de la tumba, en cuanto la sustancia indestructible puede sentirlos. Cuando los dos

(1) *Baghvat Geeta*, p. 51.